

DESARROLLO URBANO DE REQUENA

por

Juan Piqueras Haba

LAS RAICES DE UNA CAPITAL COMARCAL

La ciudad de Requena en sus orígenes, que corresponden al actual barrio de la Villa, está asentada en una plataforma de toba caliza que se levanta entre 6 y 12 metros sobre el resto del glacis que desciende del anticlinal jurásico de Juan Navarro al río Magro. La erosión de las aguas ha dado lugar a sendos escarpes por los lados oriental (regajo de Reinas y fuente de Bernate) y occidental (fuentes de Peral, Pino y Pilas). Orientadas de NE a SW, la toba cubre una longitud de 420 m. una anchura máxima de 160 m. a la altura de la calle Somera de Arriba y otra mínima de 50 m. a la altura de la Placeta del Pozo. Los barrios de Las Peñas y de La Loma, aunque posteriores, nacieron sobre otras tablas tobáceas que, por lo demás, han servido como techo para viviendas trogloditas y bodegas⁽¹⁾.

Dentro del Altiplano de Requena, enmarcado por las sierras de Utiel, Juan Navarro y el Tejo, por el NE; por las de Malacara y Martés, al E, y por el inmenso arco que describe el río Cabriel por los lados S y W, la posición de la ciudad, rodeada por las más copiosas fuentes de toda la comarca, factor muy importante a la hora de elegir el lugar para el poblado, controla el inicio de uno de los pasos naturales que comunica las tierras de la Meseta con el litoral valenciano y la huerta del Turia, por el llano del Rebollar y el paso de las Cabrillas. El otro paso, menos accidentado pero más largo, es por el valle de Montesa y lo controlan Xàtiva y Almansa⁽²⁾, siendo esta última rival de Requena cuando la existencia de aduanas entre los reinos de Castilla y Valencia. Desde esta posición Requena controlaría además los caminos que fueron apareciendo sucesivamente hacia Almansa y Alicante, por los valles de Ayora y del Vinalopó; hacia Albacete y Córdoba, por el Cabriel; hacia Cuenca y Madrid, por el Pajazo o Camporrobles; hacia Aragón, por Moya; hacia Llíria y Segorbe, por la fosa tectónica del Reatillo.

No se puede definir una ciudad sin tener en cuenta sus funciones, aunque aquí sólo nos limitaremos a hacer algunas cortas referencias. Requena nace con una función viaria, de la cual quedan múltiples testimonios en el trazado urbano, ya que sus principales calles o ejes en cada período de la historia han correspondido a los sucesivos trazados del camino entre la Meseta y Valencia. Así se puede apreciar en la calle del Rosario, musulmana; en las del Carmen y Botica, correspondientes al período medieval cristiano; en la del Peso, durante los Austrias, y en la de San Carlos, con la carretera de las Cabrillas desde su inauguración en 1847 hasta mediados del presente siglo, en que se realizó el desvío de la carretera. La función viaria ha sido más o menos importante según el volumen de intercambios comerciales y humanos entre el interior y la costa. Tras la conquista cristiana reforzará esta función la creación de la Aduana y Puerto en la línea fronteriza entre Castilla y Valencia, al tiempo que se acrecentará la función defensiva o militar que ya había adquirido tras la

(1) I. G. M. E., *Mapa geológico de España*, 1:50.000, Madrid, segunda serie, 1973, hoja y memoria explicativa núm. 720, Requena. Según la memoria explicativa, el asentamiento de la ciudad sería sobre un travertino en relación con un potente manantial mesozoico.

(2) Ambas ciudades han sido objeto de estudios por parte de A. López Gómez, «Játiva: la ciudad y su huerta», *Saitabi*, t. XVI, 1966, pp. 167-189, y R. Piqueras García, «Almansa. Desarrollo Económico y urbano», *Cuadernos de Geografía*, 16, Valencia, 1975, pp. 41-63.

disgregación del Califato en taifas⁽³⁾.

Otra función a tener en cuenta sería la importancia como centro de una comarca o esfera de influencia⁽⁴⁾, especialmente si la ejerce sobre una zona rural y si esa relación es de tipo comercial. Dicha función está en la base de toda ciudad y puede ser catalogada como consustancial al hecho urbano, desempeñando un papel primordial la posición de centro-mercado, cuyo valor cuantitativo depende del alcance de sus conexiones con el territorio circundante⁽⁵⁾. La posesión legal de un mercado desde finales del siglo XV, y feria desde posiblemente mucho antes, hubiera valido ya en aquella época para definir virtualmente a Requena como una ciudad. Mientras existió la división territorial entre los reinos de Castilla y Valencia, Requena, parte del primero, detentó la capitalidad de una extensa área, ya que no muy poblada, que se prolongaba al W del río Cabriel, por tierra de la actual provincia de Cuenca. Hoy sigue ejerciendo su influencia, aunque compartida la capitalidad con Utiel, habiéndose extendido su área de influencia a tierras del antiguo reino de Valencia, como Sinarcas, Chera y Valle de Ayora.

LA CIUDAD MUSULMANA

Aunque los hallazgos arqueológicos, conservados en el Museo Arqueológico Municipal, permiten asegurar un poblamiento ibérico, una intensa romanización y una ocupación visigótica, ninguna de estas tres culturas ha dejado restos urbanos, probablemente destruidos por edificaciones posteriores, en el solar que hoy ocupa la ciudad. Hemos recogido restos de cerámica ibérica y medieval incrustados en la argamasa de los muros del castillo y de la cerca meridional; puesto que la construcción de los muros se realizaba aprovechando el material más próximo, es de suponer que bajo el actual barrio de la Villa hubo un poblamiento ibérico.

Sin embargo no hay dificultad en identificar el recinto musulmán, puesto que se puede seguir casi en su totalidad la cerca murada jalonada con torres, a pesar de que una y otras se encuentran en muchos casos ocultas a la vista exterior por los edificios adosados a las mismas. El levantamiento del plano de esta cerca nos ha permitido dilucidar en parte el desarrollo urbano del barrio de la Villa, en contra de la opinión local tradicional. En efecto, Herrero y Moral, que escribió a finales del XIX, suponía que el núcleo musulmán primitivo debió estar en el extremo meridional de la toba, en torno a la iglesia de San Nicolás —que él identifica como la mezquita árabe— y las calles Somera de Arriba y Somera de Abajo. Abundando en su teoría, el muro que va desde la angostura de Santa María hasta la puerta del Angel serviría de cierre septentrional a dicho núcleo y el Palacio del Cid habría sido edificado en el siglo XV sobre el primitivo alcázar musulmán, en el que debió alojarse Rodrigo Díaz de Vivar a finales del XI⁽⁶⁾. Herrero se dejó llevar por la antigüedad de la iglesia de San Nicolás, de finales del XIII, y por el fenómeno de que en esta zona se hallen los edificios más antiguos, además de la presencia de adarves, algarfas y arcos musulmanes, no tan abundantes en el resto de la Villa, sin pensar que ésta pudo ser objeto —como de hecho lo fue— de una reforma posterior a los musulmanes.

La misma configuración topográfica de la toba, con un desnivel de 29 m. entre la zona del castillo y la iglesia de San Nicolás, hace sospechoso que una ciudad musulmana, que a la hora de ser construida tiene muy en cuenta el factor defensivo, quedara enclavada en la parte inferior de la cuesta. Por otro lado, y este argumento lo consideramos más convincente, un examen del plano actual y de la fotografía aérea deja ver enseguida que la calle del Rosario, paralela a la muralla meridional, presenta forma arqueada con su parte convexa hacia San Nicolás, y la parte convexa

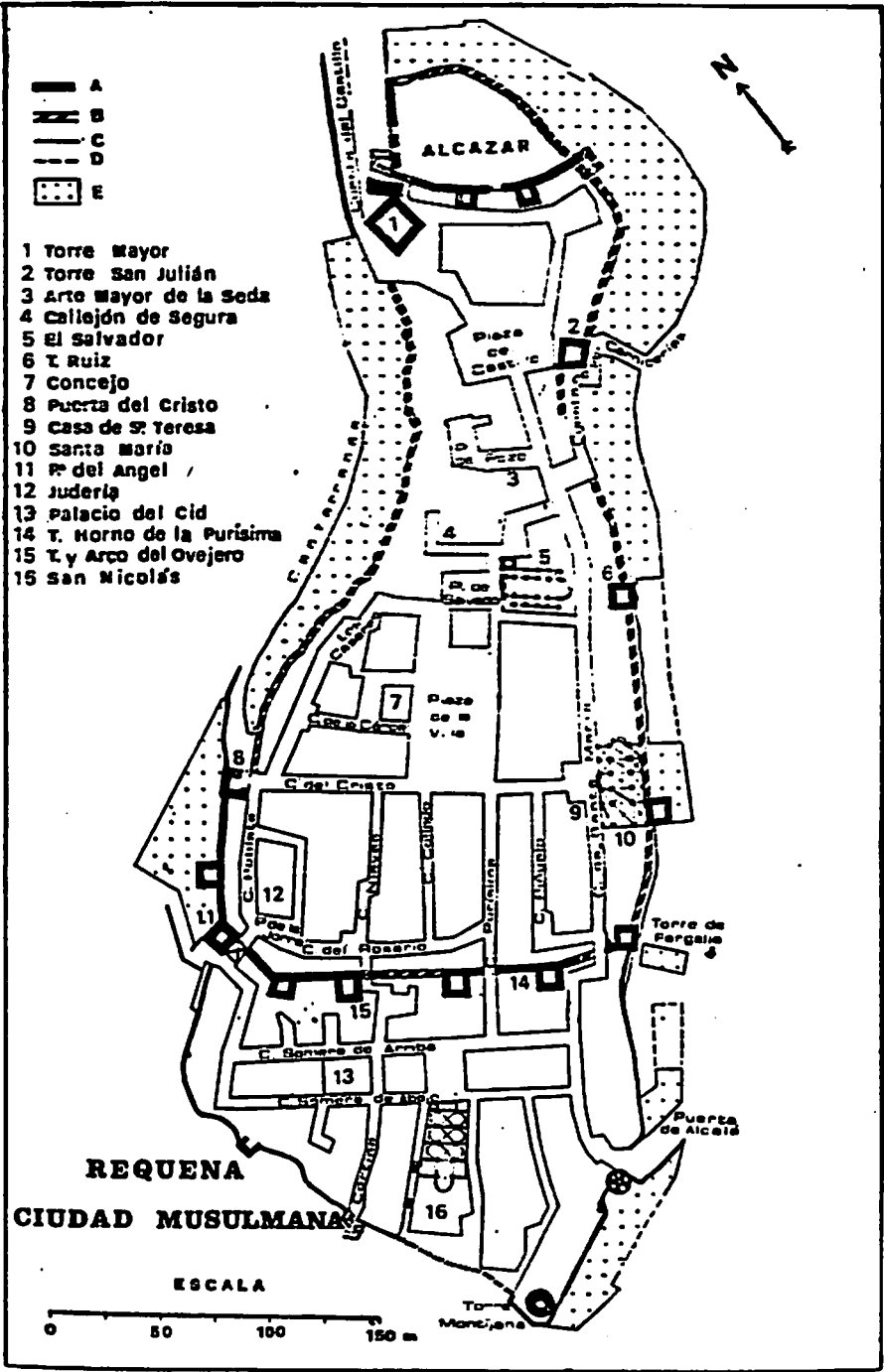
(3) Desde el año 1021 Requena marcó la divisoria entre los reinos taifas de Valencia y Toledo, formando parte del primero, excepto en el periodo 1065-1076, en que perteneció al de Toledo. M. Sanchis Guarner, *Història del País Valencià*, I, «Epoca musulmana», València, 1965, pp. 306-336.

(4) Chabot, Georges, *Las ciudades*, Barcelona, 1972, p. 154, y Johnson, James, *Geografía urbana*, Barcelona, 1974, p. 123.

(5) Teixidor de Otto, María Jesús, *Funciones y desarrollo urbano de Valencia*, Valencia, 1976, p. 14.

(6) Herrero y Moral, Enrique, *Historia de las tres veces muy leal, dos veces muy noble, y fidelísima ciudad de Requena*, Valencia, 1890, p. 17.

suele ser siempre la exterior. Un recorrido por el interior trasero de las casas con números pares de dicha calle permite descubrir que el muro que aparece en el arco del Ovejero y en la angostura de Santa María tiene en realidad más de 180 m. de longitud y conserva adosadas a él hasta siete torres que avanzan todas ellas hacia lo que Herrero suponía núcleo primitivo. Es evidente que estas torres no defendían el lado meridional, sino el septentrional, ya que, además, los muros siguen luego hacia el N buscando, por un lado, la puerta y torre del Cristo y, por otro, la iglesia de Santa María, dirigiéndose por ambos lados hacia el castillo en el extremo septentrional de la toba.



Requena. Plano del recinto musulmán (siglos X-XIII). A: Muralla y torres en pie. B: Muralla derruida. C: Cerca del Arrabal de San Nicolás. D: Idem. derruida.

En ese caso el barrio de San Nicolás debió ser un arrabal que, al alcanzar cierta extensión, fue rodeado por una muralla nueva, manteniéndose la antigua cerca medianera en la que se abrieron puertas o arcos de comunicación como el del Ovejero, todavía en pie, los de la Purísima y Santa María, ya desaparecidos, y la misma puerta del Angel, si es que ésta no era una puerta original del primer recinto murado. Precisamente la cerca murada, ya que no la trama de sus calles, era lo único que los musulmanes planificaban en su trazado, aditamentos y puertas⁽⁷⁾, y ello nos va a permitir reconstruir la Requena musulmana, por lo menos en lo que a su perímetro se refiere.

LA ALCAZABA

Toda ciudad hispano musulmana se componía de tres elementos fundamentales; alcazaba, medina y arrabales⁽⁸⁾. La alcazaba ocupaba la parte más elevada, estaba defendida por torres y muros y era la sede del príncipe o señor de la comarca. Por otro lado, se ubicaba siempre en la periferia de la cerca general y algo distanciada del resto de la ciudad, para protegerse no sólo del enemigo exterior sino también del de intramuros. La alcazaba de Requena se levanta en el extremo N de la cerca y de la toba, en la zona más elevada (690 m.). Su puerta principal, flanqueada por dos torres, mira hacia la ciudad, aunque hoy sólo es visible desde la plaza de Armas, ya que por el exterior se halla oculta por las casas adosadas al muro. La construcción de la alcazaba está catalogada como anterior al siglo XI⁽⁹⁾, probablemente durante el periodo califal. Actualmente han desaparecido los muros y torres que miraban hacia el N (calle del Peso), aunque por este lado los muros no debieron ser tan potentes, ya que se contaba con la defensa natural que es el desnivel de 12 m. en cortado que hay entre el piso del castillo y la actual calle del Peso. En el lado S queda un lienzo de muralla de tierra de casi 50 m. de longitud, 2 de anchura y 15 de altitud, sobre el que sobresalen las dos torres de la puerta, también de tierra pero reforzadas en sus esquinas con piedras de sillería y ladrillos. En el extremo occidental del muro hay un montón de tierra, lo que queda de un antiguo torreón derruido. Independientemente del resto de la alcazaba, protegiendo la subida por la cuesta del Castillo, está la torre mayor, reconstruida totalmente de sillería durante el siglo XV y comunicada con el resto mediante un puente levadizo ya desaparecido.

LA MEDINA Y SU CERCA

Delante de la alcazaba se abría un espacio libre que corresponde hoy a la plaza del Castillo y a las casas que hay entre ésta y la plaza de Armas. La medina vendría a comenzar donde hoy termina la plaza del Castillo, siempre siguiendo la pendiente abajo de la toba, y terminaría en la muralla que corre paralela a la actual calle del Rosario, la mezquita, que generalmente quedaba en la calle principal de la medina y hacia la mitad de la misma, no sabemos exactamente dónde estuvo, pero todo parece indicar que debió ser a la altura de la actual iglesia de Santa María, a la mitad de la calle del mismo nombre y junto a la puerta de Fargalla, que mira hacia el oriente. A pesar de la profunda remodelación de que fue objeto la antigua medina en la época de los Austrias, el callejero musulmán puede ser reconocido en los adarves⁽¹⁰⁾ de la Placeta del Pozo, en el callejón de Segura, cubierto por una magnífica algarfa, en los callejones de Poblete y la plaza de la Jorra o en el quiebro que da la calle de Marinieves para seguir paralela a sí misma.

Numerosos son los balcones enrejados, derivados de los ajimeces o celosías musulmanas, mientras que el intento de ampliar el espacio habitable de los pisos superiores mediante tornajuntas

(7) Roselló Verger, V. M., y Cano García, G. M., *Evolución urbana de la ciudad de Murcia (831-1973)*, Murcia, 1975, p. 28.

(8) Torres Balbás, Leopoldo, *Ciudades hispano-musulmanas*, Ministerio de Asuntos Exteriores, Instituto Hispano-Árabe de Cultura, t. I, s. a., p. 127.

(9) Paz y Espejo, Julián, «Castillos y fortalezas del Reino», *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, XXVII, 1912, 2, p. 443.

(10) Adarve: en árabe la palabra «*darb*» significa calle o callejón, casi siempre sin salida, con una o varias puertas para su cierre. Adarve significó en castellano desde el siglo XII al XVI muro o muralla: más tarde se reservó únicamente al estrecho paso que va por encima de la muralla y protege el parapeto almenado, Torres Balbás, L. *op. cit.*, p.369,

o jabalcones de madera se puede apreciar en el callejón de Segura, la calle de la Cárcel o en la de Piñuelo.

La cerca, más débil en las zonas E y W, en donde el desnivel del terreno servía ya como defensa natural, casi ha desaparecido totalmente entre la torre mayor del Castillo y la puerta del Cristo (mirando a Cantarranas), así como entre la plaza de las Almenas y la puerta de Fargalla, pero entre esta puerta y la del Cristo se mantiene casi completo. A la altura de las casas números 37 y 39 de Santa María existen dos torres, que protegían la puerta de Fargalla, visibles única y parcialmente desde extramuros. Entre ambas casas se descubre el arranque del muro hacia el W. La destrucción de unas casas en el otro lado de la calle hace totalmente visible tanto el muro como una de las torres; cruza la calle de la Purísima; tiene una torre a la altura de los números 12 y 14 de la calle del Rosario, a partir de la cual falta un trozo de muro que se arruinó en 1934; aparece de nuevo en el arco del Ovejero, en donde hay otra torre; desde allí a la puerta del Angel aparece otra (número 21 de la plaza de la Jorra y 8 de la calle del Angel); en la misma puerta hay una tercera torre, tras la cual el muro gira hacia el N buscando la de la puerta del Cristo, antes de llegar a la cual hay que contabilizar una torre más. En total, contando la del Cristo, son nueve torres, todas ellas de tres pisos, construidas de tapial, como los muros, aunque unos y otras presenten una especie de zócalo mampuesto de 1'30 m. de altura. El grosor del tapial es siempre, en muros y torres, de 135-140 cm. La altura de la muralla oscila entre los 9 y 10 m., mientras que las torres parece que fueron de la misma altura. Cada torre avanza unos 5 m. de la muralla y tiene un frente de 6'5 m.

La fábrica de la cerca puede darnos una pista para conocer su datación. Normalmente dicha fábrica estaba en función del material existente al pie de la obra, pero también de los recursos económicos de las gentes que los levantaban y de la moda militar dominante en cada período. En el caso de Requena pudo haberse empleado tanto la tierra como la toba, pero sus constructores prefirieron el primer elemento formando una argamasa en la que incluían, además de barro, cal, piedras pequeñas y casquijo de adobes y cerámicas. El empleo de tapial es propio del período califal, aunque se generalizó en el siglo XII con los almorávides y siguió luego con los almohades y los nazaríes⁽¹¹⁾. El supuesto de que la cerca general no pudo ser posterior a la alcazaba (la arquitectura y materiales son los mismos) y la aparición de una segunda cerca en torno a un arrabal, que por necesidad no puede ser posterior al siglo XII, nos induce a pensar que dicha cerca fue levantada durante el período califal, entre los siglos VIII al XI.

EL ARRABAL DE SAN NICOLAS

Respecto al arrabal que se extendió por la parte meridional de la toba y que ya estaba cercado cuando Requena fue atacada por Ximénez de Rada en 1219, sus defensas artificiales, apoyadas por el desnivel del terreno, son más reducidas que en la medina. Las torres de Montijana y Grande (esta última ya desaparecida) fueron reconstruidas en el siglo XV. La de Montijana es de forma redonda, construida de mampostería y con basamento de sillería, y la protege una *sítara* de sillería y ladrillo. La puerta de Alcalá, en recodo, denota origen musulmán. Algunos adarves como los que salen de la Somera de Arriba, y el callejón de Paniagua, el de Cantero y el de la Cortina, así como los quiebrós de la calle de Santa María denuncian un trazado musulmán, si bien las calles Somera de Arriba y Somera de Abajo, con la plaza de San Nicolás entre ambas, forman un conjunto rectilíneo y cuadriculado propio de ciudades cristianas posteriores a la conquista (casos de Vila-real y Castellón), lo que nos hace suponer una reforma de este barrio en el siglo XIV o XV, siendo el Palacio del Cid (siglo XV) el edificio que parece debió marcar tal reforma urbana.

LAS PUERTAS

La puerta es un elemento de la ciudad que adquiere un carácter decisivo con los musulma-

(11) Torres Balbás, L., *op. cit.*, p. 561.

nes. No era una simple entrada, sino que venía a significar la separación radical entre el campo abierto y el espacio interior, entre el peligro y la seguridad, entre lo público y lo privado. De las puertas arrancaban los caminos hacia las ciudades populosas de las que con frecuencia recibían el nombre. De los nombres actuales sólo recuerda la toponimia árabe la de Alcalá, que marca el inicio del camino de Alicante y que seguramente está en relación con el puente sobre el río Magro que hay en dicho camino a menos de un kilómetro de Requena. Otra puerta, la de Fargalla, marcaba el inicio del viejo camino de Valencia, pero su nombre recuerda más bien la toponimia mozárabe y estaría en relación con alguna antigua forja.

La puerta musulmana solía ser doble; una primera daba paso a una pequeña plaza o patio de armas, en donde solía estar la guardia, y la segunda daba acceso a la ciudad. En su interior formaba a veces uno o varios recodos, disposición heredada de la arquitectura militar bizantina, para dificultar el acceso del asaltante. El recodo rara vez fue empleado en las urbes cristianas medievales. Al igual que la puerta de Alcalá, las de Cristo y de Fargalla son también en recodo, si bien en esta segunda no se aprecia a simple vista por hallarse velada por edificaciones adosadas a la misma.

El conjunto murado musulmán comprendía a finales del XII el espacio que hoy ocupa el barrio de la Villa, con una extensión de 4'7 Ha., a la que correspondería una población aproximada de 1.600 habitantes, si aplicamos el patrón de 348 habitantes por Ha. ya clásico en los tratados de ciudades hispanomusulmanas⁽¹²⁾. Tal número de habitantes no difiere mucho del actual, ya que en ese mismo recinto habitan 1.443 habitantes. Si la comparamos con otras ciudades de Al-Andalus, Requena se aproximaba mucho a la población de Elx, que era de 1.750, pero quedaba muy por trás de las grandes aglomeraciones urbanas del momento, como eran Valencia y Murcia, con 15.000 y 14.000 habitantes respectivamente⁽¹³⁾.

DE LA CONQUISTA CASTELLANA A LOS REYES CATOLICOS

A finales del siglo XII Requena se había convertido en plaza fronteriza entre el reino musulmán de Valencia, al que pertenecía desde la disgregación del Califato, y el de Castilla. La caída de Cuenca en 1177 y la de Moya, «llave de Requena» según el-Edrisi, en 1181, la situaba en primera línea frente al peligro castellano, por lo que sus defensas fueron reforzadas a cargo de los de Valencia, englobando también el arrabal de San Nicolás. En otoño de 1219, el arzobispo de Toledo, Ximénez de Rada, fracasaría en su intento de conquistarla a pesar de que atacó «con almajaneques et con delibra e derribaron torres e azitaras e antemurales»⁽¹⁴⁾.

Se desconoce la fecha de la conquista definitiva, que muy probablemente se limitó a una ocupación pacífica tras la caída de Valencia en 1238; el caso de que, tras un breve litigio jurisdiccional entre Jaime I y Alfonso X, Requena quedaria formando parte del reino de Castilla y frontera con el de Valencia. Este carácter fronterizo determinaría sus funciones, conservando y viendo reforzadas sus murallas y castillos, y pasando a ocupar un importante papel aduanero en las relaciones comerciales entre ambos reinos, sobre todo con la concesión del Puerto Seco y Almojari-fazgo por Alfonso X en 1264⁽¹⁵⁾. La economía del Altiplano requenense, como la de Castilla, se convirtió en ganadera, y el ganado, la lana y el trigo fueron los tres principales productos que cotizaban en su Puerto Seco, camino de Valencia. La aduana, instalada junto al regajo de Reinas, a la altura del puente de Santa Cruz, daría origen a un caserío que ya a finales del siglo XIII aparece con el nombre de «Ollerías viejas» y que hoy sigue llamándose de «Las Ollerías».

(12) Torres Balbás, L., *Extensión y demografía de las ciudades hispanomusulmanas*, Studia Islamica, III (1955), pp. 33-59.

(13) González Pérez, Vicente, *La ciudad de Elche*, Valencia, 1976, p. 36; Sánchez Guarnier, Manuel, *La ciutat de València*, València, 1973, p. 56; Roselló Verger, V. M., y Cano García, G. M., *op. cit.*, p. 44.

(14) *Anales Toledanos, Primeros, Crónicas latinas de la Reconquista*, edición de Ambrosio Huici Miranda, Valencia, 1913, vol. I, p. 353.

(15) Herrero y Moral, E., *op. cit.*, p. 64.

El camino de Valencia, entre el puente de Santa Cruz y la puerta de Fargalla, habría de convertirse pronto en lugar preferible para nuevas edificaciones. Cerrada la puerta de Fargalla y abierta una nueva entrada por la cuesta de las Carnicerías, ya en el siglo XV, el citado camino se había convertido en una larga calle compuesta por las actuales de Caracuesta, Carmen, Botica y Cuesta de las Carnicerías o de San Julián.

La judería, buscando la vida comercial, se instaló en torno a la calle de la Botica, al pie de la muralla y protegida por la torre de San Julián, dando lugar a calles como las de La Cava, Médico Pavón y Picazo de Narrica, cuyos apellidos denotan su ascendencia hebrea. El camino de Valencia, desde la entrada a la Cuesta de las Carnicerías, se desdoblaría hacia la puerta de Alcalá, por debajo de los Huertos y en extramuros, para enlazar con el camino de Alicante. El carril principal entraría por las Carnicerías, pasaría por delante de la iglesia del Salvador, siguiendo por Los Casares y saliendo hacia Castilla por la puerta del Cristo. Los actuales subterráneos de la plaza de la Villa, a semejanza de los manchegos, sirvieron de silos o almacenes de trigo, en donde cargaban las acémilas y bueyes que hacían el trayecto de Requena a Valencia.

DESARROLLO URBANO EXTRAMUROS

En la Baja Edad Media el crecimiento fuera de las murallas musulmanas se concentró en dos puntos. La vía comercial en la salida hacia Valencia, que no hacia Castilla, daría origen al actual Arrabal, habitado por comerciantes judíos, arrieros, herreros, mesoneros y frailes. Más hacia el N y fuera de toda vía comercial, los moriscos expulsados de su antiguo recinto amurallado se agrupaban en una elevación salpicada de peñascos, el barrio de «Las Peñas».

El Arrabal.— Entre los siglos XIII y XV el Arrabal se limitó casi exclusivamente al barrio judío, agrupado en torno a la Botica y a la calle del Carmen. Esta calle recibiría el nombre del convento o monasterio de Santa María del Carmen de Requena, edificado al final de la cuesta que sube desde el puente de Santa Cruz y cuya fundación se atribuye al infante Alfonso de la Cerda y a su esposa Mafalda de Narbona⁽¹⁶⁾, estando catalogado como el primero de las dos Castillas⁽¹⁷⁾. Sus primeras obras datan de finales del siglo XIII, si bien experimentó diversas ampliaciones en siglos posteriores. Frente al monasterio, movido por el agua de la acequia de Rozaleme, sería construido el Molino del Carmen; a poca distancia, y marcando la salida hacia Valencia, las herrerías. Entre el edificio del Carmen y el barrio judío, contribuirían a la configuración de la calle el Hospital y la Posada de los Frailes, ambos del siglo XIV, y el Mesón del Conde Ibangrande, algo posterior. De los mismos años es también la calle del Burdel, a espaldas del convento del Carmen, ya citada en 1417⁽¹⁸⁾.

Las Peñas.— Las eras y corralizas de las Peñas de San Sebastián, lugar de moriscos, aparecen citadas, según Bernabeu, hacia comienzos del siglo XIV. La topografía sobre la que se asienta es una toba semejante a la del barrio de la Villa, estrecha y alargada de N a S. Entre la ermita de San Sebastián y el estrecho de las Arenas, y desde el callejón del Piojo hasta la calle de las Bodegas el callejero típicamente musulmán es todavía reconocible por sus adarves o callejones sin salida como el de la Era.

REFORMA INTRAMUROS

En principio, los cristianos que ocupaban las ciudades musulmanas siguieron respetando su callejero angosto y retorcido, así como los salidizos, arquillos y ajimeces. Solamente en los casos de nuevas fundaciones, como Vila-real o Castellón, en la Plana, se adoptaron desde el principio los

(16) Archivo Municipal de Requena, *Acuerdos de 1757*, fol. 35.

(17) Porreño, B., *Memoria de las casas notables que tiene la Ciudad de Cuenca y su obispado*, s. a.

(18) *Pleito del Burdel*, manuscrito de 1417 perteneciente a la colección particular de Pérez Carrasco (Requena), II, 3.

planos en cuadrícula, con calles y plazas rectilíneas. Sin embargo, en la segunda mitad del XIV cierto aire renovador procedente de Italia comenzaba a introducirse en la Península precisamente por Valencia. Francesc Eiximenis (1325-1409) dedica uno de los capítulos de su obra enciclopédica *Lo Crestià* a «Quina forma deu haver ciutat bella i de be edificada», abogando por el trazado rectilíneo de las calles y la creación de una gran plaza, a imitación de las ciudades renacentistas italianas, antecedente de la «plaza mayor» castellana. A esta concepción responden los trazados de las calles Somera de Arriba y Somera de Abajo, así como la plaza de San Nicolás, abiertas en el centro del primitivo arrabal musulmán sobre un callejero anterior a la conquista como lo atestiguan los callejones y adarves que todavía perduran. En la calle Somera de Arriba destaca el «Palacio del Cid», levantado en el siglo XV siendo el estilo gótico. Las calles de la Purísima, Collado, parte de la de Marinieves y la misma plaza de la Villa responden igualmente al planteamiento renacentista, aunque su trazado o remodelación sean ya de la época de los Austrias. La calle de Marinieves, esquina con la del Cristo, conservó hasta hace poco un azulejo en el que rezaba la fecha de su apertura, siglo XVI.

Las iglesias.— Las tres iglesias del barrio de la Villa fueron construidas entre los siglos XIII y XVI, si bien más tarde sufrirían notables ampliaciones. La iglesia de San Nicolás, en el extremo meridional de la Villa, fue consagrada poco después de la conquista cristiana, ya que en las paredes de la capilla mayor estaban pintadas las armas del obispo de Cuenca, Gonzalo Gudiel, que regentó su diócesis hacia 1275. Fue ampliada en 1459, 1553 y 1585. De comienzos del XVI era su portada gótica, similar a las que se contemplan en el Salvador y Santa María, pero en 1706, durante la Guerra de Sucesión, las tropas austracistas de Peterborough bombardearon la ciudad, adicta a Felipe de Anjou, y destruyeron totalmente la fachada, resultando tan dañado el resto de la iglesia que todo el edificio fue reconstruido entre 1721 y 1727, conservando únicamente su planta románica de transición y adquiriendo una arquitectura superior neoclásica.

La iglesia gótica de Santa María fue levantada a comienzos del siglo XIV sobre otra anterior dedicada a Nuestra Señora del Pópulo y que probablemente había sido antes mezquita musulmana. Su portada gótica, declarada monumento nacional, es de comienzos del XVI y la protege un alero construido en 1536. Su única nave fue ampliada entre 1730 y 1734 y cubierta con adornos neoclásicos, destacando la azulejería de su zócalo.

La iglesia arciprestal del Salvador, también de estilo gótico, consagrada a comienzos del XIV, estuvo dedicada en un principio a Santa Bárbara. La composición de su forma actual empezó en 1380 y se concluyó en 1533, según reza en la imagen del apóstol San Andrés, en la portada de su fachada principal. El interior consta de tres naves, revestidas de barroco a comienzos del XVIII por el maestro Juan Pérez Castiel. La torre, de mediados del XVI, fue reconstruida en 1636, dándole tanta altura que se derrumbó en 1779 y destruyó parte del templo, volviendo a ser restablecida en 1781⁽¹⁹⁾.

La ermita de San Sebastián estaba ya levantada a mediados del XIV, si bien sufriría luego varias ampliaciones, especialmente en el XVIII.

Las cercas de defensa.— La Baja Edad Media, hasta el advenimiento de los Reyes Católicos, se caracterizó por las luchas fronterizas y por las disputas internas entre nobleza y monarquía. Tales trastornos políticos dieron pie a que la Aduana y el Puerto Seco tuvieran que ser cerrados en más de una ocasión; en 1419, debido a las luchas contra los valencianos, fueron cerrados, en beneficio de los de Almansa, la otra ruta de mercancías entre el interior y Valencia. La gestión de unos judíos hizo posible que esta fuente de ingresos no fuera suprimida totalmente, consiguiendo que por lo menos se pudiera cobrar cierto peaje. La reapertura definitiva no tendría lugar hasta 1456. La plaza de Requena, villa real, sería pieza apetecida por aragoneses y nobles castellanos. Entre 1370 y 1374 estuvo ocupada por los aragoneses que habían derrotado a Enrique de Trastámara en su guerra contra Pedro el Cruel. La derrota de este segundo y el hecho de que Requena hubiera defen-

(19) Bernabeu López, Rafael, *Historia de Requena*, Requena, 1945, p. 415.

dido su causa le valió la segregación de Utiel. Los aragoneses realizaron algunas obras de fortificación por las que los vecinos se vieron obligados a pagar la suma de 180.000 florines. El marqués de Villena, que controlaba la otra ruta más meridional entre Castilla y Valencia, intentó repetidas veces adueñarse de Requena y conseguir así el monopolio aduanero. En 1449 sus huestes arrasaron el Arrabal y en 1467 llegó incluso a apoderarse de la plaza y su castillo por algún tiempo. La eventualidad de estos peligros obligó a una continua renovación de medidas defensivas. De 1397 data el privilegio de Enrique II confirmando los 2.000 maravedíes que la villa tenía en el diezmo para la reparación de muros y fosos⁽²⁰⁾, cantidad que en 1468 se elevó a 20.000. Las torres de San Julián y de Montijana, sin fecha conocida, debieron ser edificadas en este período. En el castillo las obras serían más importantes. Su torre principal, de argamasa, fue sustituida por otra de sillería en 1423, e incluso se intentó sustituir todo el muro musulmán que mira hacia el interior de la ciudad por otro de sillería, como se desprende del inacabado lienzo de muro pétreo que parte de la torre principal hacia las dos torres que protegen la entrada a la plaza de Armas.

Sobre la cuestión demográfica poco se puede decir de este período, ya que no se conserva ningún padrón de habitantes anterior a 1543. Sólo sabemos que los «Treynta Cavalleros y escuderos fijos dalgo y otros treynta ciptadanos y peones quantos oy copieren» procedentes de Cuenca, Rioja y Soria a los que Alfonso X de Castilla otorgó carta puebla en 1257⁽²¹⁾. La llegada de los cristianos supuso la expulsión de los moriscos de la ciudad hacia el barrio de las Peñas y otros caseríos de la Vega del Magro. La peste negra debió causar estragos entre la población, puesto que en 1402 el rey excusó a la entonces villa de pagar sus impuestos como compensación a las pérdidas demográficas⁽²²⁾.

LOS REYES CATOLICOS Y LOS AUSTRIAS

La subida al poder de la reina Isabel supondría la derrota de las fuerzas nobiliarias, siendo uno de los grandes perdedores el marqués de Villena, enemigo número uno de Requena. La pacificación se vio reforzada por el matrimonio entre Isabel de Castilla y Fernando de Aragón, que daban fin a las luchas fronterizas y, al mantener los aranceles aduaneros entre los dos reinos, fomentaban los ingresos que Requena percibía por su condición de Puerto Seco. En efecto, las relaciones comerciales entre Castilla y Valencia por Requena crecieron de tal manera que los ingresos extraídos por la Aduana y Puerto Seco en alcabalas, tercias y otras rentas, se multiplicaron por diez en menos de treinta años. En 1477 habían sido de 360.000 mrs, pasando a ser de 1.251.550 en 1482 y de 3.610.333 en 1504. En la segunda mitad del XVI esta cantidad debía seguir siendo considerable, puesto que en 1571 Melchor Herrero, marqués de Valderacete, adquirió los derechos de la Aduana en 3.750.000 mrs.

La expulsión de los judíos afectó solamente a unas doce familias, ya que un buen número de ellos, ligados a intereses especulativos con la Aduana, permanecieron en Requena, previa reconciliación pública⁽²³⁾.

Requena se convertiría en el principal y más próximo mercado suministrador de cereales para la ciudad de Valencia, y de ello eran conscientes los requenenses de finales del XV. Las ordenanzas municipales de 1479 indican un aumento en la producción de cereales, así como una regulación de la cosecha de vino, muy abundante⁽²⁴⁾. Un privilegio de 1486 autorizaba el rompimiento de baldíos y favorecía el incremento de la agricultura y la ganadería.

Requena perdía su función militar y acrecentaba la comercial y de comunicaciones entre Valencia y la Meseta. El camino de Valencia, construido entre 1427 y 1438, según Escolano, sería

(20) AMR, *Colección privilegios*, núm. 38.

(21) AMR, *Colección privilegios*, núm. 1, copia de la carta puebla.

(22) Bernabeu López, R. *op. cit.*, p. 143.

(23) *Ibidem.* p. 171.

(24) Archivo de Simancas, *Carpeta de Requena*, Ord. Munic. de 1479.

reparado por el concejo valenciano en 1515, mientras que los de Requena reforzaron los puentes del mismo con el arbitrio de dos mrs., por libra de carne que pasara hacia Valencia.

La abundancia de ganadería lanar, además de favorecer la exportación de lana bruta, sirvió también para dar pie a una industria pañera que habría de mantenerse hasta mediados del siglo XVIII en que sería absorbida por la de la seda. Las ordenanzas de 1479 cuentan ya con un capítulo dedicado a los tejedores, cuyo número se acrecentó en los comienzos del XVI, según se lee en las ordenanzas de 1535, en las que hubo que nombrar «vendedores bataneros cardadores e hyladores por existir muchos officiales cardadores e texedores de paños perayles e tyntoreros».

El aumento del tráfico comercial y el desarrollo de los medios de transporte, con la introducción de grande carretas que difícilmente podían remontar las cuestas de acceso al barrio de la Villa, así como el peligro de que se hundieran bajo su peso las bodegas abiertas en el subsuelo⁽²⁵⁾, aparte de otras razones de transporte, aconsejaron la desviación de la ruta comercial por extramuros, dando origen a la calle del Peso y al Portal de Castilla, y creando la Plaza del Arrabal en la confluencia entre las calles del Carmen, Botica y Peso. La nueva vía comercial aparece denominada como «calle Nueva» en el año 1550.

El periodo de los Austrias viene caracterizado por la expansión general de la «Playa Mayor» renacentista. El resurgir económico de Castilla trajo consigo las remodelaciones urbanas, la destrucción de viejos edificios, la remodelación de calles, que ahora debían ser rectas y anchas para facilitar la circulación de carretas. Las nuevas calles del Arrabal siguen el padrón renacentista: tales son las del Peso, la calle Ancha del Arrabal —(luego de Olivas y últimamente del Poeta Herrero)—, las de las Cojas (Pérez Galdós) y del Rey de Francia, denominadas «calles nuevas» en 1635. De la misma época deben ser las calles del Diezmo y del Almazar.

El barrio de la Villa tampoco escapó a la nueva corriente renovadora: las calles de Marinievas, Purísima, del Cristo y, especialmente, la plaza Mayor de la Villa, de grandes proporciones, son obra de este periodo. La casa del Concejo, instalada en 1350 en las Cuatro Esquinas del Rosario y en 1552 entre la plaza de la Villa y el callejón del Perejil, ocuparía finalmente un gran edificio porticado hacia la mitad de plaza en 1685, delante de la Cárcel. Arruinado este edificio a mediados del XIX, en su solar se hallan hoy unas escuelas. La misma Cárcel y la casa del Corregidor, en la calle de la Cárcel, serían levantadas en la segunda mitad del XVII⁽²⁶⁾.

LOS CONVENTOS

Dos conventos serían construidos en este periodo, sumándose al ya existente del Carmen. El mismo de los carmelitas se vería ampliado durante el XVII y su portada actual rematada en 1660.

El convento de San Francisco fue proyectado sobre La Loma, otra mesa tobácea situada al NW del casco urbano, al otro lado de la Hoya de los Molinos, por el año 1569. En su lugar había una ermita construida poco después de la conquista cristiana y dedicada a Nuestra Señora de la Gracia⁽²⁷⁾, y en torno a ella se instalaron los primeros frailes, ya que el edificio conventual y la iglesia no serían edificadas hasta 1619, siendo ampliado con nuevas dependencias en 1646⁽²⁸⁾. En 1822 fueron expulsados los 22 religiosos que lo habitaban, aunque la exclaustración definitiva no tuvo lugar hasta 1835, el edificio sirvió primero de fuerte durante la Guerra Carlista⁽²⁹⁾ y luego de presidio durante 1845 hasta 1847 en que se terminó la carretera de las Cabrillas. Más tarde fue

(25) Según las Ordenanzas de 1479 se prohibía el tránsito de carretas por la calle de Santa María y otras en las que había bodegas.

(26) Bernabeu López, R., *op. cit.*, p. 245.

(27) Alfaro, F., ed., *Historia y milagros de Nuestra Señora de Gratia, que se venera en el Santuario de la Muy Noble Villa de Requena*, Cuenca, 1560.

(28) A.M.R., *Acuerdos de 1646*, fol. 377.

(29) Servicio Geográfico del Ejército, *Plano de la casa fuerte de Requena*, núm. 261, Provincia de Valencia.

convertido en hospital y en la actualidad es centro de readaptación de disminuidos.

El segundo convento de este período fue el de las agustinas recoletas, llamado de San José, levantado en el Portal de Castilla, el lugar de mayor tránsito, confluencia de las salidas hacia Madrid y hacia Albacete. La primera parte del edificio databa de 1631, mientras que su iglesia no sería construida hasta el año 1700. Este edificio fue considerado como un obstáculo por quienes proyectaban el desarrollo lineal de la calle del Peso. Aprovechando que el convento había sido incendiado en los inicios de la Guerra Civil (1936), todo el edificio fue demolido y sobre su solar se delineó la avenida del General Varela y la nueva plaza del Portal.

EL HOSPITAL DEL NOVILLERO Y EL COLEGIO

En 1583, para sustituir al antiguo «Spital» de los frailes carmelitas, se construyó, frente al parador del Carmen y en la calle del mismo nombre, el Hospital del Dulce Nombre de Jesús o del Niño Perdido, popularmente del Novillero⁽³⁰⁾. En 1637, dicho hospital sería restaurado y ampliado, invirtiéndose en las obras 5.000 reales.

En cuanto al Colegio de San José y San Nicolás, fundado por Juan García Dávila «para educación de la juventud donden ayan maestros que enseñen assi a leer y escribir como latinidad y buenas letras», y al que podían asistir tanto los niños de Requena como los de Siete Aguas y Buñol, fue inaugurado en 1668 en un edificio construido expresamente para tal fin en la plazuela de Celda, junto a la antigua judería, próximo a la cuesta de las Carnicerías y a la izquierda del camino real de Debajo de los Huertos. Fue sede de la Sociedad Económica de Amigos del País de Requena y, hasta su demolición en los años 1960, vino sirviendo como local para escuelas de niños.

Pocas reformas en la cerca defensiva podía haber en una etapa de pacificación interior. Sólo se sabe de ciertas modificaciones realizadas en 1544 en la torre principal del castillo y de que en 1527 había sido cegado el foso que separaba a dicha torre de la plaza de Armas. El miedo a los ladrones nocturnos, pero sobre todo a la peste, hizo conveniente una tapia en torno al Arrabal, cerrándose incluso calles y postigos en años de epidemia como 1581 y 1587.

El sostenimiento de las vías de comunicación exigía la construcción de puentes y calzadas. La riada de 1540 y la consiguiente destrucción de los viejos pasos, muchas veces de madera, sobre los riachuelos que circundan Requena, dieron pie a un plan de obras públicas que a mediados del siglo XVI cristalizó en la construcción de los puentes de Santa Cruz (en la Aduana), de Jalance (sobre el río Magro), del Regajo de Rozaleme (salida hacia Madrid) y del Pontón (en la salida hacia Albacete). El de Jalance sería destruido por otra riada en 1590 y levantado de nuevo en 1598, aunque tampoco por última vez.

La almazara de San Antonio, en la calle de Almazar; la casa del Pósito o del Peso de la Harina, la del Diezmo o «Casa Grande» de los Ferrer de Plegamans, y el Cuarto Salero del Carmen, fueron también construidas en estos dos siglos. Lo mismo se puede decir de muchas mansiones blasonadas en el barrio de la Villa, y de bastantes bodegas subterráneas, cuyas tinajas de barro, fechadas y firmadas por sus alfareros nos dan fe de su antigüedad.

EL SIGLO XVIII

El triunfo de Felipe de Anjou en la Guerra de Sucesión supuso la derogación de los Fueros de Valencia y la supresión de la Aduana y Puerto Seco de Requena, por lo que esta villa dejaría de percibir unos importantes ingresos, si bien es verdad que iban a engrosar casi exclusivamente las arcas de la familia que tenía arrendada la Aduana. Requena perdía así su carácter fronterizo, pero no el de estación en la vía comercial entre la costa y el interior. Por haber abrazado la causa borbónica fue recompensada con varios privilegios que, unidos a la corriente artesanal sedera irradiada desde Valencia y Toledo, acabarían haciendo de ella una población eminentemente fabril y el

(30) Bernabeu López, Rafael., *Estampas requenenses*, Requena, 1962, p. 71.

cuarto centro sedero en cuanto a consumo de materia prima, tras Valencia, Toledo y Murcia. La función industrial, ayudada por la comercial y la agrícola, vendría a determinar el crecimiento demográfico y urbano durante más de un siglo y medio.

LA SEDERIA DE REQUENA

Aunque la existencia de telares sederos se remonta a comienzos del siglo XVI, la verdad es que hasta comienzos del XVIII nunca sus productos habían sobrepasado el mercado local o comarcal. La influencia de la sedería de Valencia fue decisiva: en 1692 llegaba a Requena el valenciano Bautista Martínez y se ofrecía a las autoridades locales para enseñar y fomentar la industria de la seda según las nuevas innovaciones llegadas de Holanda e Inglaterra; Larruga recuerda que, tras la Guerra de Sucesión, los moradores de Requena «sin tener que vivir, se habían ido aplicando con la cercanía del Reyno de Valencia; á tratar en seda, trayendo de él la necesaria» por lo que hacia 1720 habían ya unos 300 telares, 6 tornos y 5 tintes⁽³¹⁾. Hasta tal punto la sedería de Requena llegó a ser una proyección de la de Valencia lo demuestra el hecho de que, aunque «en los demás pesos y medidas son como en Castilla, la seda se compra y vende por el peso y moneda valenciana»⁽³²⁾. Los apellidos valencianos son corrientes entre los tejedores y comerciantes, incluso entre los tintoreros, si bien aquí aparecen también franceses y malteses. El número de telares era de 445 en el año 1735; de 500 en 1742; de 750 en 1777, mientras que la Real Sociedad Económica de Amigos del País, en la Aprobación Real de sus estatutos (1784) redondea la cifra en 800 telares⁽³³⁾. En cambio, la industria lanera, que contaba con 61 telares en 1740, solamente mantenía 6 en 1790; la lana, antes consumida casi en su totalidad por los tejedores locales, era ahora exportada a Enguera. La estructura de la población laboral hacia 1752, extractada de las Respuestas Generales o Catastro de Ensenada⁽³⁴⁾, puede darnos una idea de hasta qué punto Requena era una villa eminentemente artesanal: mientras que el sector primario apenas si suponía el 24'1 % de la población activa, el secundario o industrial alcanzaba un 61'7 %. El mundo de la seda, con 916 tejedores, 40 comerciantes y 30 arrieros acaparaba 986 puestos de trabajo sobre un total de 1.927. Los comerciantes se encargaban de comprar seda hilada en Valencia y repartirla entre los tejedores que trabajan para ellos según el sistema de trabajo a domicilio vigente hasta la desaparición de la sedería a finales del XIX. Los arrieros llevaban las telas a los principales mercados, que entonces eran Valencia, Salamanca, Sevilla y Madrid.

El auge de la industria sedera trajo consigo un extraordinario aumento de la población, que pasó de 3.757 habitantes en 1699 a 9.500 en 1784, con la consiguiente repercusión en el ensanche urbano y en la necesidad de ampliar el terreno cultivable para dar alimento a tantos trabajadores, comenzando por el rompimiento de baldíos a partir de 1768⁽³⁵⁾.

EL DESARROLLO URBANO DEL XVIII

El siglo XVIII comienza con un preludio de destrucción. A pesar de las fortificaciones de los accesos a la villa y de la construcción de un tapial que englobó al barrio del Arrabal en el recinto murado, según disposición de Adrián de Bethancourt, capitán de la plaza en 1706, el ataque austracista del 24 de junio de aquel mismo año, con baterías instaladas en Las Peñas, supuso la destrucción de más de 300 casas, según Domínguez de la Coba, arcipreste contemporáneo de los

(31) Larruga, Eugenio, *Memorias políticas y económicas, sobre los frutos, comercios, fábricas y minas de España*, Madrid, MDCCXCII, t. XVIII, p. 176.

(32) *Almanak Mercantil o Guía de Comerciantes para 1801*, Madrid, 1800, p. 321.

(33) *Real Cédula de S. M. y Señores del Consejo por la cual se aprueban los Estatutos de la Sociedad Económica de Amigos del País de la Villa de Requena*. En Valencia, en la Oficina de Joseph y Thomas de Orga, MDCCCLXXXIV, p. 1.

(34) A.M.R., *Respuestas Generales de 1752*, Montes, 3.

(35) Piqueras Haba, Juan, «Propiedad agraria y cultivos en Requena (Valencia)», *Cuadernos de Geografía*, 19, Valencia, 1976. cfr. 23-40, p. 28.

hechos. La iglesia de San Nicolás perdió su portada gótica y el mismo templo resultó tan seriamente dañado que tuvo que ser reconstruido en los años veinte; la torre se terminó en 1742 y la nueva portada, una imitación de la del Temple de Valencia, en 1788. En el Arrabal fue incendiado el Hospital, seriamente dañado el Colegio y saqueada la casa del Pósito⁽³⁶⁾. El Hospital fue luego derribado y se construyó otro sobre el mismo solar.

Tras una primera etapa de reconstrucción, el reinado de Carlos III (1759-1788), coincide con una etapa de prosperidad económica y urbanística de Requena. La Sociedad Económica de Amigos del País encargó hacia 1783 al arquitecto Bartolomé Ribelles unos planes de urbanización⁽³⁷⁾ que, si bien no sabemos exactamente en qué consistieron, debieron afectar a las manzanas construidas entre el Arrabal y las Peñas, cubriendo el campo abierto que quedaba entre los dos. La misma sociedad puso nombre a las nuevas calles que, en honor a los Borbones, llevaron los nombres de San Luis, San Fernando y San Carlos. Del mismo momento son las calles de las Cruces, al final de la cual se edificó el teatro de la familia Carrasco, la de los Tintes, la del Portalejo, la de Juan Penén, etc. La calle de Talega, al comienzo de las Peñas, fue abierta en 1796, como reza un retablillo de azulejos conmemorativo que hay en la misma.

El Arrabal se extendía entonces por el E hasta la calle de Antonio Pérez y por el W hasta la calle de las Monjas. En la Loma algunas familias de gitanos excavaron viviendas trogloditas bajo la toba. Otro foco de expansión sería la calle de Cantarranas, llamada así por las balsas llenas de ranas y la especie de charquinero salpicado de muladares y estercoleros que había extramuros en la zona NE del barrio de la Villa, entre la torre mayor del castillo y la puerta del Cristo, por desaguar allí parte del caserío intramuros. En 1733 varios vecinos solicitaron del municipio permiso para sanear aquel lugar y construir algunas casas⁽³⁸⁾. Comenzando por la zona más próxima al Portal, los edificios se fueron alineando pegados a la roca y dando una forma curva a la nueva calle por donde discurría el camino de Albacete. Al terminar el siglo ya casi estaba completo el tramo entre la cuesta del Castillo y la del Cristo, mientras que en la parte derecha de la nueva calle solamente fue levantada, ya a finales del XVIII, la casa de los Ferrer de Plegamán, inmediata al convento de San José.

A mediados del XVIII componían el casco urbano 930 casas, quedando dentro de los muros los barrios del Arrabal y de la Villa, y fuera, el de las Peñas. Del real alcázar solamente quedaban los tres torreones que todavía hoy se mantienen y algunos muros. Contaba la población con 3 iglesias parroquiales, 3 conventos con sus huertas muradas, 1 colegio, 1 hospital, 5 mesones y un número elevado de bodegas subterráneas en el interior de las casas. Se enterraba en las iglesias y en la fosa común que había entre El Salvador y la plaza de la Villa⁽³⁹⁾. Circunscribiéndonos únicamente al espacio que ocupa el término actual⁽⁴⁰⁾ quedaban en diseminado otras 320 alquerías que formaban 19 demarcaciones en torno a otras tantas ermitas.

En 1757 era restablecida la feria de septiembre, que había dejado de celebrarse desde la Guerra de Sucesión y cuya antigüedad, según sus restauradores debía remontarse hasta finales del siglo XIII, cuando los Infantes de la Cerda trajeron al Carmen la imagen de la Virgen de Soterraña, en cuyo honor se celebraba dicha feria⁽⁴¹⁾. El lugar de la Feria se extendía entre la plaza de la Villa y el monasterio del Carmen, cubriendo la cuesta de las Carnicerías, calle de la Botica, plaza del Arrabal y calle del Carmen. La feria de ganados, hasta el año 1817 en que fue trasladada a la explanada de la Loma, se celebró en la salida del camino hacia Madrid. La facultad de celebrar mercado semanal le fue concedida por Enrique IV en 1478 y confirmada por Felipe V en 1721.

(36) Domínguez de la Coba, Pedro, *Antigüedad i cosas memorables de la Villa de Requena, escritas i recopiladas por un vecino apasionado i amante de ella* (manuscrito sin fechar, primer tercio del XVIII).

(37) Bernabeu López, Rafael, «El colegio García Dávila», en la revista local *El Trullo*, marzo de 1968.

(38) A.M.R., *Acuerdos*, 21-5-1733.

(39) A.M.R., *Respuestas Generales de 1752*, Montes, 3.

(40) En 1752 el término de Requena incluía los actuales de Venta del Moro, Villargordo del Cabriel, Caudete de las Fuentes, Camporrobles y Fuenterrubles.

(41) A.M.R., *Acuerdos*, año 1757, fol. 34.

PUENTES

Las avenidas de 1728 destruyeron los puentes de Santa Cruz, Jalance y Regajo de Utiel. El de Santa Cruz fue reconstruido en 1733 y costó 20.000 reales; el del Regajo, también de 1733, costó 10.000. El puente de Jalance, de dos ojos, por ser el Magro río de mayor caudal, costó 54.000 y data de 1735. Los de Santa Cruz y Jalance conservan todavía su forma dieciochesca, mientras que el del Regajo o puente de Utiel fue sustituido por uno más amplio cuando la construcción de la carretera de las Cabrillas en 1847.

Además de las ampliaciones llevadas a cabo en las distintas iglesias parroquiales y conventos, la ermita de las Peñas fue sustituida en 1786 por un nuevo templo de tres naves.

DEMOGRAFIA DE LA EDAD MODERNA

En algunos documentos de finales del XV y comienzos del XVI comienzan a aparecer apellidos valencianos, sobre todo Ferrer, lo que hace suponer cierta inmigración desde el reino vecino, probablemente muy en relación con el desarrollo artesanal lanero y la instalación de los primeros telares de seda. El padrón de 1543, realizado por Alonso Núñez y Hernán López, da una cantidad de 516 vecinos para el núcleo urbano y 203 para los caseríos⁽⁴²⁾. Otro padrón, sin desglosar, da para 1563 la cifra total de 1.033 vecinos, incluyendo a las aldeas que hoy son municipios independientes, por lo que el dato no nos sirve de mucho. La peste de 1558 produjo más de 600 bajas, especialmente entre la «gente moça» del Arrabal y las Peñas, provocando además la huida de muchos vecinos hacia otros lugares y la conminación del Concejo que en una *Memoria e mandamiento sobre La Peste y testimonio* amenazaba con la pérdida de vecindad y confiscación de bienes a los que pasaran al reino de Valencia⁽⁴³⁾. La expulsión de los moriscos en 1609 afectó a más de 200 familias, de las cuales sólo la mitad pertenecían a las Peñas, mientras que las otras procedían de Hortunas y otras aldeas de la Vega (Terbia, Canteruela, Santa Catalina, etc.). Nuevos casos de peste se registraron en los años 1647, 1681 y 1684, muriendo en el último casi todos los habitantes de la Loma. El número de vecinos era de 737 en 1641, de 813 en 1685 y de 1.026 en 1699⁽⁴⁴⁾. Este crecimiento tan notable en la segunda mitad del XVII, cuando toda Castilla se hallaba estancada, no parece tener otra explicación que la influencia del Reino de Valencia y su despegue económico de finales de siglo.

El siglo XVIII comenzó con malos augurios. La Guerra de Sucesión y las pestes que siguieron al asedio y bombardeo de 1706 ocasionaron aquel año más de 1.200 muertos, según Domínguez de la Coba⁽⁴⁵⁾, si bien en los años siguientes, la recuperación económica y el extraordinario auge de la sedería, así como la ampliación del suelo cultivado, permitieron que la población se multiplicase a un ritmo sin precedentes, siendo muy importante además el elemento inmigrado. En 1752 vivían en la ciudad 1.300 vecinos y en diseminado otros 300⁽⁴⁶⁾, las aldeas y caseríos, hoy independientes, sumaban otros 1.371 vecinos. La seda atrajo mano de obra procedente del Reino de Valencia, Francia, Malta, Italia, arrieros de Santander, comerciantes de Asturias, etc. Para 1761, sin distinguir entre núcleo y diseminado, había 2.000 vecinos, que ya sumaban 3.000 en 1776⁽⁴⁷⁾, mientras que la sociedad económica daba 9.500 habitantes sólo para el casco urbano en 1783.

(42) Padrón de habitantes de 1543, citado por Bernabeu, R., *op. cit.*, p. 235.

(43) Bernabeu López, R., *op. cit.*, p. 243.

(44) *Ibidem*, p. 267.

(45) Domínguez de la Coba, P., *op. cit.*, sin paginar.

(46) A.M.R., *Respuestas Generales de 1752*, Montes, 3, sin paginar.

(47) Bernabeu López, R., *op. cit.*, p. 294.

EL SIGLO XIX

CRISIS SEDERA Y TRANSFORMACION AGRICOLA

Para Requena, el siglo XIX supone una gran mutación no sólo por las transformaciones que suponen la introducción de los nuevos elementos urbanísticos, sino por el cambio en su estructura económica y en sus funciones. En efecto, la ruina de su industria sedera y el auge casi simultáneo de la viticultura harán que Requena pierda su función eminentemente industrial y se convierta en pueblo agrario, aunque con la particularidad de que el nacimiento de múltiples aldeas y caseríos provocado por la expansión y colonización vinícola conferirá en breve plazo a la capital municipal un carácter de centro abastecedor de productos y servicios que los viticultores no podían encontrar en sus pequeños núcleos. Su posición viaria en la carretera de las Cabrillas (1847) y la llegada del ferrocarril (1885), la convertirían, junto con Utiel, en el gran mercado exportador de vinos del Altiplano.

La industria sedera comenzó a resentirse ya en los últimos años del XVIII, cuando la Sociedad de Amigos del País luchaba por propagar el cultivo de la morera y se quejaba de que de los 800 telares existentes solamente funcionaban un centenar, mientras que el Ayuntamiento se veía en la necesidad de repartir parcelas de tierra entre los obreros sin trabajo, echando mano de sus bienes de Propios⁽⁴⁸⁾. Los primeros decenios del XIX fueron malos y sin embargo por los años veinte se instalaba en Requena un fabricante procedente de Gandía y montaba una fábrica de tejidos de seda lisos con 74 telares, cuyos modelos imitaban a los del Piamonte⁽⁴⁹⁾. A partir de los años treinta se aprecia cierta recuperación y para 1845 funcionaban 550 telares de los 900 existentes y trabajaba en la seda un promedio de 1.200 personas. Luego, en 1864, vendría la crisis ocasionada por la pebrina y, a pesar de que en 1858 se establecieran dos fábricas para el torcido de seda, una de ellas empleando máquina de vapor, en 1863 el número de telares se había reducido a 175 y sólo se consumían 18.000 libras de seda⁽⁵⁰⁾. En 1890 sólo quedaban 20 telares, se habían cerrado todos los despachos de mercaderes en seda, todos los tintes, todos los tornos y se habían arrancado la mayoría de las moreras de la huerta⁽⁵¹⁾.

En los años cincuenta, coincidiendo con la aceleración de la crisis sedera, la creciente demanda de vino desde Europa, en donde el oidium había arruinado los viñedos, marcó el inicio del despegue vinícola requenense, que se acrecentaría en el último tercio del siglo al ser destruidos los viñedos franceses y catalanes por la filoxera. Muchos comerciantes de seda invirtieron sus ahorros en la compra de tierras y se convirtieron en cosecheros de vino. En cincuenta años fueron plantadas de vid más de 15.000 hectáreas, ganadas al pastizal y al monte en muchas ocasiones. Colonos venidos de Cuenca y Albacete, así como antiguos tejedores sin trabajo, se esparcían por todo el término y hacían de Requena un municipio esencialmente rural, hasta el punto que la población dispersa llegó a superar a la concentrada en el núcleo urbano, que incluso perdería población.

VIAS DE COMUNICACION

El XIX fue un siglo decisivo para Requena en cuanto a vías de comunicación. Dos grandes obras, la carretera de las Cabrillas y el ferrocarril, realzarían hasta cotas muy altas su función viaria. Se conoce por las Cabrillas el paso o puerto montañoso que hay entre Buñol y Siete Aguas y que salva el desnivel entre la Hoya de Buñol y el Altiplano de Requena. Este tramo, junto con el puerto de Contreras, en el valle del Cabriel, habían sido siempre un gran obstáculo en las relacio-

(48) Gil Adela, «La revolución histórica de Requena y su comarca», *Estudios Geográficos*, 50, 1953, pp. 49-66; cfr. p. 55.

(49) López Ballesteros, Luis., *Memoria de la Junta de Calificación de los productos de la Industria Española...*, Exposición de 1827..., Madrid, 1828, p. 135.

(50) Archivo Diputación Provincial de Valencia, *Informe sobre la situación de la industria sedera emitido por el Ayuntamiento de Requena*, Sección Industria, leg. 63.

(51) Herrero y Moral, E., *op. cit.*, p. 213.

nes comerciales y de comunicación entre Madrid y Valencia, a pesar de ser el trayecto más corto. El primer proyecto de convertir en carretera el antiguo camino de herradura data de mediados del XVIII, cuando se comenzó la de Madrid a Alicante por Almansa, pero se prefirió establecer la variante Almansa-Valencia, como pasaría a mediados del XIX con el trazado del ferrocarril. La presión e influencia ejercida por la familia Iranzo de Utiel sobre el general Elío hicieron que éste autorizase en 1816 el levantamiento de los planos para el tramo de las Cabrillas. Con todo, las obras no darían comienzo hasta 1825 y durarían hasta 1847, siendo reputada como «la mejor carretera de España»⁽⁵²⁾. El tramo de Contreras no sería habilitado hasta dos años más tarde, y tanto uno como otro estarían muy en relación con los intereses comerciales de los exportadores de harina que negociaban en el puerto del Grau por los años cuarenta⁽⁵³⁾. Primero como ruta del trigo conquense y de la misma Requena, y luego ruta del vino hasta el puerto del Grau, la carretera de las Cabrillas influyó decisivamente en el desarrollo agrícola de todo el Altiplano. El mismo fenómeno habría que atribuirle al ferrocarril, inaugurado en 1885 y con término en Utiel hasta bien pasado el primer tercio del siglo XX, en que se construyó el tramo Utiel-Cuenca y se finalizó la línea Madrid-Valencia.

INDICENCIA DE LA CARRETERA Y EL FERROCARRIL EN EL DESARROLLO URBANO

La travesía de las Cabrillas por la población siguió la calle de San Carlos y su ejecución tuvo lugar en el año 1847; tres años antes el antiguo convento de San Francisco había sido habilitado para albergar a la mitad del Presidio de las Cabrillas, ejecutor material de la obra. En las salidas de Requena se construyeron dos nuevos puentes: el de Valencia, sobre el regajo de Reinas, y el de Utiel, sobre el de Rozaleme, ambos de 1844. Sobre la calle de San Carlos aparecían los nuevos paradores y posadas de «San Carlos», «El Caballo» y «El Contador», que relevarían a las de «La Carlota», «Torratero», «Carmen», «Mesón del Conde» y «Parador del Comercio» construidos anteriormente sobre el camino real por las calles del Carmen, Peso, Portal y San Agustín. A pesar de todo, la calle de San Carlos nunca robó su carácter de centro comercial al antiguo camino y la crisis de sus paradores, que sirvieron para albergar a los carreteros que transportaban el vino hasta el Grau, se inició con la llegada del ferrocarril en 1885. En torno a la estación del ferrocarril y entre éste y la carretera (avenida del General Pereyra) irían levantándose a finales del XIX y comienzos del XX la mayoría de bodegas, almacenes, fábricas de alcohol y de harina, marcando además una línea de expansión hacia el W que había de seguir en el XX la avenida del General Varela, paralela a la del General Pereyra.

La carretera de Almansa, proyectada en 1834 por la Sociedad Económica y no llevada a cabo hasta finales del XIX, siguió el trayecto de la calle de Cantarranas y dio pie a que se construyeran varias casas en el lado del poniente; al final de la misma y ya en 1895 sería inaugurado el Matadero Público.

La carretera de Chera, prolongación de la calle de San Luis, daría origen a la calle de la Libertad, ya en Las Peñas, en donde el desarrollo urbano decimonónico hay que buscarlo en la calle de las Bodegas y en la plaza de San Cayetano.

OTROS CAMBIOS URBANOS

José Trinidad Herrero, autor del artículo sobre Requena que aparece en el diccionario de Pascual Madoz, resume en breves líneas el aspecto urbano de los tres barrios de Requena. La Villa tenía calles estrechas e irregulares, con casas de 3 y 4 pisos, de pobre aspecto exterior, en las que vivían hidalgos y obreros de la seda; la mayoría de las casas poseían bodega. Las Peñas contaba con calles más anchas y de piso desigual, casas de dos pisos, de planta rural y habitadas en su mayoría por labradores. En el Arrabal, sobre suelo más llano, había calles irregulares pero mejores

(52) «Carretera de las Cabrillas», en el *Boletín de la Sociedad Económica de Amigos del País de Valencia*, t. III, pp. 168-176; cfr. p. 170.

(53) Piqueras Haba, J., *op. cit.*, p. 30.

que las de los barrios anteriores; sus edificios eran más sólidos y los habitaban comerciantes, terratenientes y sederos⁽⁵⁴⁾.

La breve dominación francesa, durante la Guerra de la Independencia, dejaría un aspecto positivo por sus medidas de salubridad: bajo la dirección del coronel Lamrandier se iniciaron las obras del cementerio en las cercanías del barrio de las Ollerías, inaugurado en 1813, aunque algunas familias de abolengo nobiliario siguieron enterrando en las iglesias hasta 1828 en que se prohibió tal costumbre.

En 1814 fue derribada la ermita de San Agustín, en la salida hacia Madrid, construyéndose en su lugar el parador de Fuera o del Comercio. Próximo a este parador y bajo la iniciativa de los Amigos del País se delineó en 1834, sobre seis tahúllas de terreno, el Paseo de María Cristina, luego Glorieta de Isabel II, que por ser lugar húmedo y poco frecuentado fue cerrada y sustituida por una nueva en 1852 junto a la alameda que había detrás del convento del Carmen. Con ligeras variaciones es la misma Glorieta de hoy⁽⁵⁵⁾.

La desamortización de los bienes eclesiásticos produjo también algunas alteraciones. El convento de San Francisco sirvió como fuerte en la Guerra Carlista, pasó a Presidio en 1844 y a Hospital en 1851. El del Carmen albergó diversos organismos, destacando el Ayuntamiento, desde 1851, y el Instituto de Enseñanza Media, desde 1869.

De 1870 era el alumbrado de gas, que pudo ser sustituido por otro eléctrico cuando en 1898 el Marqués de Caro montó en San Blas una fábrica de energía aprovechando el agua del Magro. Las torres del telégrafo óptico datan de 1848, mientras que la estación de morse por cables es de 1876. Hacia 1880 la Casa de Comedias de la calle de las Cruces fue remodelada y convertida en Teatro Jordá; por los mismos años se constituyó la Escuela Vitivinícola, preludio de la Estación Enológica del siglo XX.

DEFENSAS MILITARES

La guerra napoleónica y las numerosas guerras civiles durante el XIX, devolvieron a Requena su carácter estratégico, olvidado desde 1707, con las consiguientes obras de protección y defensa. Partidaria de la causa de Isabel II, Requena fue atacada por el general carlista Cabrera en septiembre de 1835, si bien no llegó a ocuparla. A raíz de este ataque se abrieron algunas zanjas y se formaron barricadas. En el verano de 1836 se construyeron algunas baterías y se abrió un foso con puente levadizo en la Puerta de Valencia, que sirvieron para rechazar un nuevo ataque carlista, ahora a cargo de Gómez, en septiembre de 1836, suceso que le valió el título de Ciudad. Atacada de nuevo en marzo de 1837 por Cabrera, las autoridades militares decidieron dotar a la ciudad de nuevas y más potentes defensas. Bajo la dirección de Pedro Ortiz de Pinedo y Juan Ramón Carbonell, se mejoraron las murallas existentes, se construyeron muros de cal y canto, tapias, fosos, baterías, tambores, aspilleras, etc.⁽⁵⁶⁾. Restos de aquellas defensas son el tambor del cerrito de Isabel II, lo que queda de los de Reinas y Honrubia y numerosos tramos de muro aspillero que aparecen en el pedazo de los Muertos, la senda de los Asnos, recodo de las Higuierillas o corrales de Verdú, entre la calle de Pérez Arcas y el Ambulatorio.

EL SIGLO XX

El crecimiento urbano de la primera mitad del siglo XX estará marcado por la dependencia económica de la viticultura; más tarde se unirá al mismo, cierto desarrollo industrial (muebles,

(54) Madoz, Pascual., *Diccionario Geográfico...*, Madrid, 1845-1849, t. XIII. p. 423.

(55) Bernabeu López, R., *op. cit.*, p. 334.

(56) A.M.R. leg. XVIII, *Memoria presentada por el Comandante Militar (Don José García Orozco) para la total defensa de Requena y decisión del Ayuntamiento y mayores contribuyentes a la vista*, 1838. En el Servicio Geográfico del Ejército, Madrid, Sección Cartoteca, Provincia de Valencia, núm. 262, se conserva un «Croquis del cerramiento aspillero de Requena» (1838).

cuero, tejidos, caldererías, etc.), que dará origen al levantamiento de fábricas en las salidas hacia Valencia y Madrid, tomando como eje la carretera Nacional III. La realización de planos, bien por eruditos, bien por los arquitectos del Ayuntamiento, nos dará un buen punto de apoyo para seguir sobre el terreno el crecimiento urbano.

El primer plano de Requena que se conserva data de comienzos de los años veinte y lo realizó Casimiro Pino, profesor de dibujo⁽⁵⁷⁾. En él puede comprobarse el desarrollo urbano centrado principalmente en la avenida del General Pereyra (correspondiente al tramo de la carretera de las Cabrillas en su salida hacia Madrid) y dirigido desde dicha avenida hacia la estación del ferrocarril, en cuyo entorno se habían edificado ya a finales del XIX algunas grandes bodegas propiedad de exportadores, fenómeno similar, aunque no de tanta envergadura, al acaecido en torno a la estación de Utiel. Este crecimiento, siempre hacia el W de la ciudad, lo integraban, además de las bodegas almacenes de abonos, fábricas de alcohol, de harinas, serrerías, la Plaza de Toros y el Barrio Obrero.

Al igual que las bodegas tuvieron su origen en la prosperidad vinícola del último tercio del XIX, la aparición de las fábricas de alcohol fue la respuesta lógica a los enormes excedentes de vino que se quedaban sin poder vender, toda vez que los viñedos franceses habían sido reconstituídos tras los ataques de la filoxera y se habían suspendido las exportaciones. Entre 1890 y 1920 aparecieron en el casco urbano y sus afueras hasta trece fábricas de alcohol, sin contar las esparcidas por aldeas y caseríos, localizándose nueve de ellas en el lado W de la ciudad y las cuatro restantes en el E.

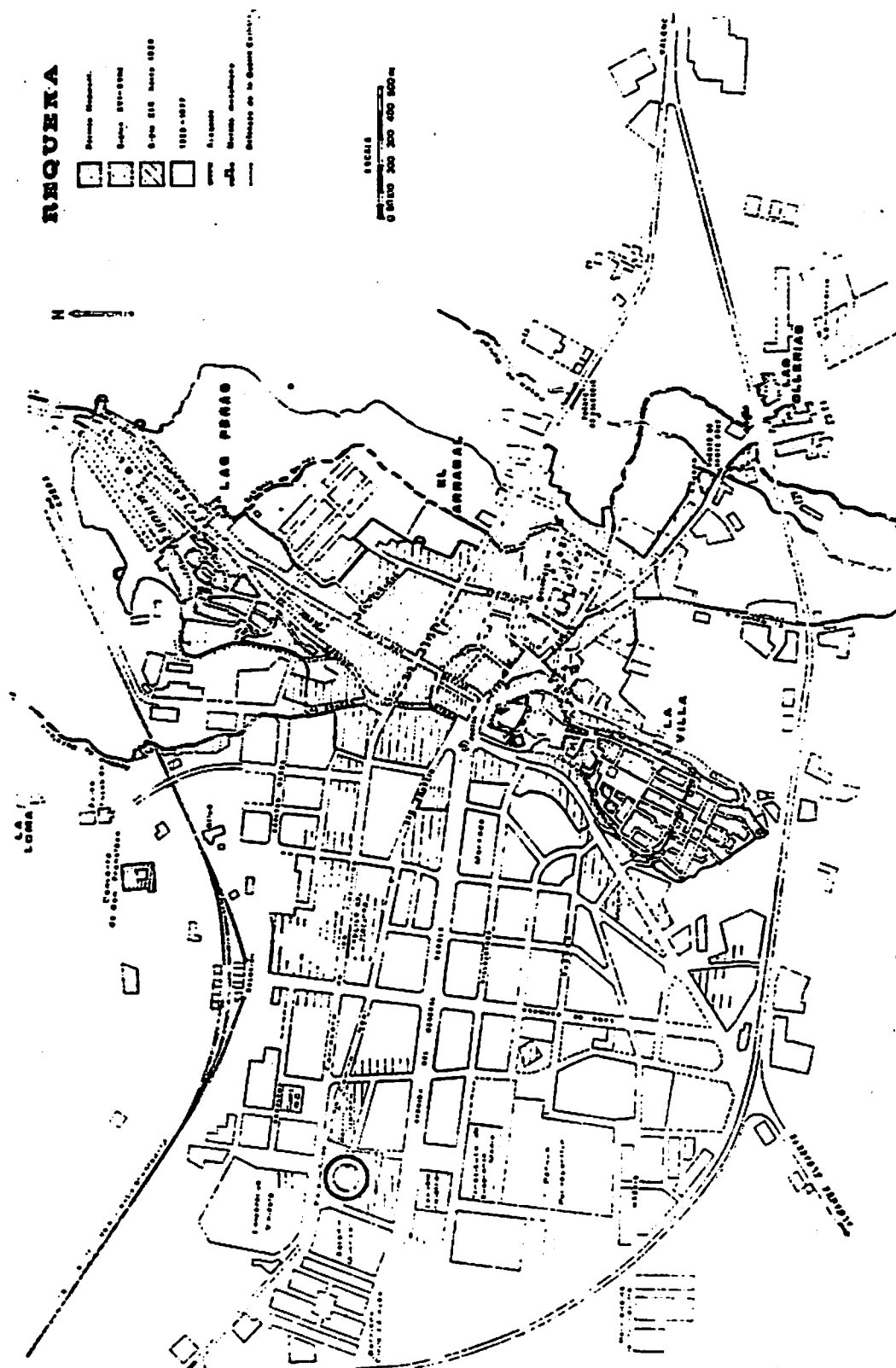
La plaza de toros, iniciadas sus obras en 1857 e interrumpidas varias veces, fue por fin inaugurada en 1901. Cuatro años más tarde, en 1905, el gran Teatro Circo levantado en la calle de las Cruces, comenzaba a hacer competencia al viejo Teatro Romea (antes Jordá) situado al otro lado de la misma calle. Vecina al Teatro Circo, y en 1910, serían instalada la Estación Enológica. Al año siguiente quedaba terminada también la primera fase del Barrio Obrero, junto a la plaza de toros, costeadado por Bartolomé Ruiz de la Peña con el deseo de entregar viviendas gratuitas a obreros pobres y con familia numerosa. Por otro lado, las familias pudientes reconstruyeron muchas de sus viejas casonas de la calle del Peso y levantaron otras nuevas en la de San Carlos según el estilo modernista imperante a comienzos de siglo.

La crisis de exportación vinícola, acentuada por la invasión de la plaga filoxérica a partir de 1914 y aumentada luego por las crisis económicas generales de 1920 y 1929, son seguramente responsables, tanto de la emigración de esos años, como de la ausencia de crecimiento urbano. Efectivamente, entre el Plano de Pino y el Plan Borso levantado en 1941⁽⁵⁸⁾ apenas si existen diferencias. Unicamente cabe señalar el nuevo edificio de la Estación Enológica, de 1933, y el derribo del convento de las Agustinas de 1936, tras ser incendiado. Basándose precisamente en la desaparición de dicho edificio, el Plan Borso proyectaba la ampliación del recinto urbano en torno al eje de la futura avenida del General Varela, que arrancaría desde el solar del convento en la plaza del Portal de Castilla y se prolongaría hacia el W con ampliaciones sucesivas al correr de los años. Al mismo tiempo se proyectaba también la remodelación de algunas calles como las de San Carlos, Monjas, Peso, las Cruces y el Estrecho de las Arenas, remodelación que se viene llevando a efecto a medida que se derriban los viejos edificios y se levantan otros nuevos sobre sus solares⁽⁵⁹⁾.

(57) Pino, Casimiro., *Plano Estructural de la Ciudad de Requena*, Escuela de Artes y Oficios, escala 1:4.000, sin fechar (hacia 1920).

(58) Ayuntamiento de Requena, Sección Arquitectura, *Plan Borso*, 1941.

(59) Tal remodelación rompe la fisonomía urbana del antiguo barrio del Arrabal, verdadero centro comercial de la ciudad y de la comarca, en el que se suceden diversos estilos que abarcan desde el siglo XIV hasta el Modernismo de comienzos del siglo XX.



Desarrollo histórico del casco urbano de Requena.

LA POSTGUERRA Y LOS RECIENTES ENSANCHES

El Plan Borso de 1941 marcaba de manera definitiva el gran ensanche hacia el W que habría de tener lugar en los siguientes treinta y cinco años, con algunas variaciones sin importancia. Hasta 1945 la expansión es apenas perceptible: únicamente cabe señalar algunos edificios públicos como el mercado municipal, en la recién planificada avenida del General Varela, la Cárcel y la Bodega de la Cooperativa Vinícola Requenense, ambos frente a la Plaza de Toros. También se levantaron algunas casas en la prolongación de la calle de San Agustín y en Cantarranas. De la segunda mitad de la década de los cuarenta son ya el Teatro Principal (1946), edificado sobre el solar del anterior Teatro Circo, el Grupo Escolar Alfonso X (1950) y el barrio comprendido entre las calles de Villajoyosa y Cuenca, primero de una serie que habría de dar la tónica al crecimiento urbano de los años cincuenta y sesenta, con edificios de una o dos plantas a lo sumo. En efecto, a primeros de los cincuenta buscando más la proximidad del reciente desvío de la carretera Madrid-Valencia que el resto del espacio urbano, son construidos los barrios de «Manuel Cánovas», en las inmediaciones del Campo Municipal de Deportes y el barrio de «Salas Pombo» en el camino de la Torrecilla, ahora calle de Madrid. De finales de los cincuenta es la primera fase del barrio de «Cirilo Cánovas», ampliado luego en los sesenta, en torno a las calles de Jerez, Valdepeñas y Rioja. El último de estos barrios de casas unifamiliares sería inaugurado en 1967 y es el de «La Torrecilla», situado en el extremo SW, más allá de la carretera Valencia-Madrid.

También ha sido la zona W la elegida para la construcción de zonas residenciales estructuradas en torno a la avenida de Lamo de Espinosa y al segundo tramo de la del General Varela, en las que predominan las viviendas de dos plantas con zonas ajardinadas privadas. En el cruce de ambas avenidas fue construida en 1964 la Residencia Estudiantil Domingo Savio: al final de la del General Varela y en la plaza de Juan Grandía se levantaría el nuevo Instituto de Enseñanza Media (1968), al que hay que añadir luego la Escuela de Maestría (1969) y el Centro Escolar «Gil Fagoaga» (1971), todos ellos muy próximos al Complejo Polideportivo que abarca una gran extensión de terreno.

En los años setenta, siguiendo el antiguo esquema del Plan Borso, será actualizado por el Plan General de Urbanización de 1970 y el Plan de Ordenación Urbana de 1975, la expansión ha venido cubriendo los espacios vacíos comprendidos entre la avenida del General Pereira y la línea férrea (Barrio de Los Molinos, en torno a la calle del Capitán Gadea, y otra barriada más occidental en torno a la calle de Rozaleme). También se viene edificando al S de la calle de Cuenca, entre las avenidas de Lamo de Espinosa y de Valencia. En el lado oriental se han creado las barriadas de la Fuente Remate y del Batanejo, además de algunos bloques de viviendas que alternan con talleres y fábricas a lo largo de la carretera Madrid-Valencia.

Desde 1965 las edificaciones han perdido el carácter unifamiliar para convertirse en bloques tipo colmena de ocho y diez alturas, algunos de los cuales han invadido también el antiguo barrio del Arrabal rompiendo totalmente la fisonomía urbana de esta área, sentenciada a muerte también por los dos últimos planes (1970 y 1975) en los que se mantienen las remodelaciones del Plan Borso y se aumentan a otras calles como las del Portalejo y del Diezmo.

El Plan de Ordenación Urbana de 1975 proyecta los nuevos ensanches hacia la zona oriental (Batanejo, Bernate y Hoya de Reinas) toda vez que la línea férrea por el N y la carretera por el W y S, dificultan en gran manera el crecimiento hacia esas zonas. Por otro lado se conserva el Barrio de la Villa como de interés histórico-artístico y se limita la altura de las nuevas viviendas que puedan edificarse próximas al mismo. En los extremos E y W se delimitan dos zonas industriales sobre la base de las fábricas ya existentes.

LA DEMOGRAFIA CONTEMPORANEA

Durante la primera mitad del XIX el crecimiento fue nulo. En 1807 eran 2.289 vecinos en el núcleo y 535 en los caseríos⁽⁶⁰⁾. La guerra napoleónica, la crisis agrícola que siguió y las guerras carlistas, tanto como la decadencia de la sedería en el primer tercio del XIX hicieron que la pobla-

ción disminuyera y que en un recuento efectuado en 1840 Requena apareciese con 7.397 habitantes y sus aldeas con 3.036. En 1845, según Madoz, eran 7.404 y 3.000, respectivamente mientras que para 1857 eran 7.532 y 2.704. En censo de 1860 da un total de 12.081 habitantes para el término, sin desglosar las aldeas. Desde estos años en adelante comienza a dejarse sentir la decadencia sedera, que produce un estancamiento en la población de la ciudad, mientras que el desarrollo vitivinícola puebla de colonos la zona rural y van multiplicándose aldeas y caseríos. El proceso de ruralización se acrecentó en el siglo XX y la ciudad alcanzó un mínimo de habitantes en 1930, con 6.687 censados que suponían únicamente el 39'1 % de la población total del término. El aumento experimentado en 1940 se debe a la inmigración de republicanos durante la Guerra Civil, pero la verdadera recuperación demográfica de la ciudad coincidiendo con la emigración rural, no sucede hasta los años sesenta, década en la que comienzan a instalarse algunas industrias. En 1975, con 10.895 habitantes, Requena representaba ya el 61'4 % de la población municipal, mientras que las aldeas se hallan en franco retroceso y han quedado despoblados la inmensa mayoría de los caseríos. Entre 1950 y 1975 la población rural ha descendido de 12.083 a 6.837; la ciudad ha pasado de 8.170 a 10.895.

APENDICE

Evolución demográfica del término, aldeas y ciudades de Requena

Año	Término	Aldeas	Ciudad	Año	Término	Aldeas	Ciudad
1200	—	—	1.600	1860	12.081	—	—
1543	3.234*	922*	2.312*	1877	13.610	5.496	8.114
1641	3.331*	—	—	1887	14.457	7.060	7.397
1685	3.658*	—	—	1900	16.623	—	—
1699	4.614*	859*	3.756*	1910	17.654	10.263	7.391
1752	6.930*	1.350*	5.580*	1920	18.818	11.452	7.366
1761	9.000*	—	—	1930	17.650	10.963	6.687
1776	13.500*	—	—	1940	19.422	11.163	8.259
1783	—	—	9.500	1950	20.253	12.083	8.170
1807	12.725*	2.425*	10.300*	1960	18.933	10.655	8.278
1840	10.435*	3.038*	7.397*	1970	17.840	8.004	9.836
1845	10.404*	3.000*	7.404*	1975	17.732	6.837	10.895
1857	10.236	2.704	7.532				

Las cifras con asterisco están calculadas en habitantes multiplicando el número de vecinos por 4'5.
 Las fuentes hasta 1857 aparecen citadas en el capítulo sobre evolución demográfica. Las restantes pertenecen a los censos oficiales.